

---

Luciano SANDRIN, *Teología pastoral. Lo vio y no pasó de largo*, Santander: Sal Terrae, 2015, 245 pp. 14,5 x 21, ISBN 978-84-29324-17-4.

El autor de este libro es profesor de Teología pastoral en la Universidad Gregoriana y de Teología pastoral de la salud en el Camilianum y en la Universidad Lateranense.

Desde el punto de vista académico se reconoce deudor de Sergio Lanza (que puede considerarse el más importante renovador de la Teología pastoral como *Teología de la acción eclesial* en el ámbito italiano). Notemos que cabe denominar a esta disciplina de otras maneras: Teología práctica, Teología de la evangelización o de la misión, etc. Sin embargo, el nombre de Teología pastoral sigue teniendo preferencia en los ambientes católicos, aunque debe advertirse que el adjetivo «pastoral» no se refiere aquí en exclusiva al ministerio ordenado, sino a la misión de toda la Iglesia, en la perspectiva del Concilio Vaticano II.

En el prólogo José Carlos Bermejo –director del Centro de Humanización de la Salud– escribe que la Teología pastoral no trata sólo de buscar la aplicación de la teoría a la praxis, sino más bien de comprender el dinamismo teológico subyacente a la historia. Se trata de impulsar teológicamente la autenticidad del testimonio cristiano, como camino por el que pasa el misterio de la Encarnación y de la Pascua.

La Teología pastoral estudia la misión evangelizadora de toda la Iglesia en el mundo de hoy con su riqueza y variedad de contextos socio-culturales. La focalización en el «hoy y aquí» distingue el método propio de esta disciplina respecto de la Eclesiología. De este modo la Teología pastoral contribuye al diálogo teológico entre teoría y praxis, «un diálogo fecundo que lleva a ver la realidad y la fe con la mirada comprometida y desde ella a sentirse urgidos a la caridad individual y grupalmente, de manera programada, evaluada, discernida en cada momento y espacio» (p. 12).

La misión de la Iglesia recorre el camino del hombre (cfr. Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, n. 14). Por eso promueve una cultura que nace de un corazón que «ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia», siguiendo «el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús» (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 31).

Con estos presupuestos, «este libro –dice su autor– quiere despertar la atención a lo esencial sobre la Teología pastoral o práctica, que es “una verda-

dera y propia disciplina teológica”, como recuerda acertadamente Juan Pablo II en la *Pastores dabo vobis* (n. 57), con su propio objeto de estudio y su método, y no simplemente una teología aplicada a la pastoral» (de la introducción, p. 16).

El volumen consta de once capítulos, y se mueve en la temática de una Teología pastoral general o fundamental, no especializada. A la vez, subraya la perspectiva sanadora del Evangelio, en sintonía con el Papa Francisco cuando describe la situación actual de, la Iglesia como un «hospital de campaña».

Aunque el autor no lo hace, quizá se podría dividir en dos partes bastante diferenciadas. Los primeros cinco capítulos presentan el objeto y el método propio de la Teología pastoral, situándose en el contexto actual.

Este contexto es el de una Iglesia que sale para «anunciar con alegría el Evangelio» (cap. 1). «Ir mar adentro», propone Juan Pablo II en su carta *Novo millennio ineunte* (2001) desde la contemplación del rostro de Cristo, para colaborar con la gracia de Dios, poniendo en juego «todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino» (n. 38). El anuncio del Evangelio ha de realizarse con alegría, con cercanía y creatividad, sin paralizarse por el miedo a ser heridos, ensuciarse o equivocarse, con una atención especial a los necesitados, señala el Papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013). Y todo ello comporta un desafío que Benedicto XVI ha denominado «emergencia educativa» (*Carta a la diócesis y a la ciudad de Roma sobre el urgente cometido de la educación*, 21-I-2008).

El autor del libro destaca que la sensibilidad por el prójimo y su sufrimiento debe formar parte, a título pleno, de una educación que ayude no sólo a ver, sino también a conmoverse y a no pasar de largo. «A fin de educar para la vida buena del Evangelio se necesita una mirada que mantenga estrechamente unidas la totalidad del Evangelio y la totalidad de la vida de las personas. Prescindir de una de sus partes puede impedir a la Palabra de Dios hecha carne expresar su verdad total» (p. 35). En efecto, y esto indica las fuentes de la Teología pastoral: la fe y la razón que miran a la realidad personal y del mundo.

«Comunicar el Evangelio hoy» (capítulo 2) pide atención a los *signos de los tiempos* (cfr. *Gaudium et spes*, n. 4) que se manifiestan en la cultura de nuestros contemporáneos –también por tanto la «cultura de la red»– y sus expectativas.

En tal marco la vida cristiana y la praxis eclesial –donde la salvación es anunciada y acogida, celebrada, realizada y donada– deben considerarse como lugares teológicos. Esto fructifica en una reflexión científica, «la Teología pastoral o práctica» (capítulo 3), verdadera disciplina teológica, llamada a prestar un servicio hermenéutico a toda la teología.

Se trata de «una reflexión científica sobre la Iglesia en su vida diaria, con la fuerza del Espíritu, a través de la historia (...), como signo e instrumento de la salvación de Jesucristo en la Palabra, en los sacramentos y en el servicio de la caridad. (...) Posee una categoría teológica plena» (*Pastores dabo vobis*, 57).

En palabras de R. Latourelle, «mientras la Teología dogmática trata de la Iglesia en su ser esencial, la Teología pastoral es una reflexión metódica sobre su ser mutable, es decir, sobre el misterio de la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia en su actividad presente y concreta, y sobre las condiciones de esa actividad, sobre el modo en que la situación contemporánea reacciona a la realización actual de la misión salvífica de la Iglesia».

Entre los métodos teológico-pastorales más difundidos está el *ver-juzgar-actuar*, empleado en el Documento de Aparecida. Más elaborado académicamente es el método del *discernimiento teológico-pastoral*, desarrollado por S. Lanza. Sea cual sea el método asumido, la Teología pastoral tiene una fundamental dimensión operativa.

«La multiforme acción eclesial» (capítulo 4) se hace presente a través de cuatro modos o perspectivas: anuncio-testimonio (*kerygma-martyria*), expresión de la función profética; celebración-oración (*leitourgia*), expresión de la función sacerdotal; servicio-caridad (*diakonia*), expresión de la función real; comunidad-comunión (*koinonia*), expresión del mandamiento nuevo del amor, que sintetiza las tres anteriores (también y ante todo es raíz y causa de toda la acción eclesial).

El anuncio de la Palabra se lleva a cabo por medio del testimonio personal de los cristianos, la predicación misionera, la catequesis y la homilía (no se desarrolla en el libro específicamente la enseñanza escolar de la religión). Se destaca el testimonio de las familias y el anuncio de la fe a los que sufren. La celebración litúrgica se centra en los sacramentos y se abre a la vida cristiana. El autor desataca el valor del domingo como día del Señor resucitado, y de la oración personal y comunitaria (no alude explícitamente a la liturgia de las horas). El servicio cristiano radica en la caridad, que es una actividad tan importante como el servicio de la Palabra y los sacramentos (cfr. *Deus caritas est*, nn. 25 y 32) y se expresa a su vez en diversos modos.

Se articula así «una pastoral integrada» (capítulo 5), centrada en la persona. Además de la Iglesia misma como comunidad de personas –en una sinfonía de ministerios, vocaciones y carismas–, cada persona es sujeto activo y responsable de evangelización. Ambas dimensiones, personal y eclesial, son necesarias y complementarias. La Iglesia se presenta en la teología pastoral con diversas «imágenes», entre las cuales el profesor Sandrín destaca la de consejera, narradora, agente de esperanza, comadrona, jardinera, educadora, madre. Hoy la pastoral debe atender especialmente a la familia, y ayudarla en su misión de Iglesia doméstica y, por tanto, en su responsabilidad evangelizadora.

Los capítulos subsiguientes constituyen como una segunda parte que pone de relieve la dimensión sanadora de la acción eclesial. «Abrir las puertas y salir» (capítulo 6) es la invitación del Papa Francisco a trabajar en y desde la Iglesia. La Iglesia –y cada cristiano en ella, de modos diversos– debe experimentar la compasión del buen samaritano, preocupándose de los heridos, sin miedo a entrar en la noche de su dolor, para acompañar el viaje de sus vidas, desde la desilusión a la esperanza.

Por eso hoy la esperanza es un capítulo o una dimensión necesaria de la Teología pastoral (cfr. «Hacia Emaús y retorno», capítulo 7), para integrar las esperanzas terrenas en la gran esperanza que se abre en unión con Cristo (cfr. *Spe salvi*, 31), esperanza y unión que se expresan activamente en las obras del cristiano. Entre esas obras están las dirigidas a «anunciar la vida» (capítulo 8), defenderla y promover una cultura de la vida (frente a una anticultura de la muerte).

Asimismo es necesario promover una cultura del «perdón y reconciliación» (capítulo 9) dentro de los grupos humanos y eclesiales. En último término la pastoral actual pide recorrer el camino «de Jerusalén a Jericó» (capítulo 10), es decir, el camino de la compasión y de la misericordia, del hacerse prójimos. Esto es condición para la encarnación del amor, pretensión cristiana por excelencia.

Si bien no es un tratado exhaustivo de Teología pastoral –algo imposible–, este libro es una guía válida para orientar la acción eclesial actualmente. Podrá usarse con fruto para ello en complementariedad con otros materiales teológico pastorales. Sea bienvenido ante todo como instrumento clarificador de la identidad, método y contenidos de esta –importante pero no suficientemente valorada en los últimos años– ciencia teológica.

Ramiro PELLITERO